

Reflexiones sobre el Camino de Santiago

José Manuel Michelena Iñarra

A todos los peregrinos renterianos, en este Año Santo Xacobeo, en especial a mi compañero peregrino Gurutz.



Quiero recordar a Heraclio Blanco, el peregrino más longevo con el que he compartido el camino, nacido en Espinosa de Villagonzalo (Palencia), quien a sus 83 años completaba por decimosexto año la ruta compostelana. Y a Tomás Erviti de Leiza, compañero el año 2005, que ha peregrinado a Santiago en varias ocasiones por el camino Francés, camino de la Costa, ruta de la Plata, y camino del Mediterráneo desde Oropesa, peregrinando también desde Roma a Santiago. Y quiero recordar también a tantos otros, Luis

Mari, Jesús, Germán, Orlando, Eddy, Guro, Maider, Tiburcio, etcétera con los que compartí el camino de las estrellas.

Caminando por la Vía Aquitania, entre Carrión de los Condes y Calzadilla de la Cueva, pregunté a Guiseppe, un peregrino italiano no católico con el que caminaba, su motivación para realizar el camino. Me contestó que el Camino de Santiago es como la propia vida, tal y como te enfrentas a él, así te enfrentas a tu vida.



Luis Mari, José Manuel, Jesús y Gurutz entre robles, cerca de Calvor.

J. M. Michelena

Al momento comprendí que era verdad, el camino da la posibilidad de conocerse a fondo, en el camino tienes tiempo para reflexionar sobre tu existencia, sobre la vida y la muerte.

La naturaleza te ofrece todo lo deseable, el canto de los pájaros, riachuelos para refrescarte, bosques de robles y castaños donde la luz pide permiso de entrada, y entra, y juega entre las hojas para que contemples y medites sobre la creación, sobre el creador, se llame como se llame, esté donde esté.

En este caminar encuentras muchos lugares creados por el hombre para rezar, y rezas a la madre naturaleza por ti, por los tuyos, por todos, y te sientes feliz.

De un precioso libro de Paulo Coelho titulado El peregrino de Compostela, he recogido esta hermosa frase: "Todos los caminos son mágicos si nos llevan a nuestros sueños".

Para muchos de nosotros el Camino es realidad antes de calzarnos las botas. Lo tienes metido en la cabeza y en el corazón, y lo vas desplegando y superando a medida que lo recorres. Te enfrentas al nuevo día con alegría, incluso con ingenuidad, con un poco de miedo, quizás, al no saber tus limitaciones, pero con tanta ilusión que nada parece que vaya a fallarte.

Vives cada día, cada amanecer, cada repecho, cada horizonte de cereal, cada bosque, cada ampolla; y cuando la jornada se hace pesada, larga y dura, y comienzas a sentir el cansancio y el dolor real en tu cuerpo por el esfuerzo y logras llegar a un sitio donde darte una ducha aunque sea escasa y fría y poder dormir, es cuando te das cuenta de lo poco que hace falta para ser feliz.

En la soledad de la meseta castellana recuerdas a compañeros que han abandonado este mundo, y te haces preguntas existenciales como: ¿por qué estamos aquí?, ¿por qué tenemos que morir?, al menos, ¿por qué morir cuando aún no ha llegado la vejez? Puedes llegar a conclusiones como que después de esta vida tiene que haber algo más.

En la naturaleza nada se destruye, solo se transforma, ¿por qué dudar entonces si nos convertiremos en nada o en algo? Pero tenemos miedo, a veces estamos muy agotados, el camino se convierte en un calvario, dudas en poder llegar al destino fijado.

En el camino vives situaciones, anécdotas, incidentes, que para otros son triviales, pero para el peregrino forman parte de sus vivencias inolvidables, porque se dan en un contexto de sufrimiento y penitencia, pero también de amor mutuo.

J. M. Michelena



Gurutz y José Manuel en el Alto de San Roque.

En el camino puedes hacer muchos amigos, también puedes perder a los que llevas contigo, puedes caminar en grupo; pero, en general, la actitud es la de caminar contigo mismo, como una peregrinación espiritual, cultural.

Cada paso te va enriqueciendo, te va acercando a encontrarte. No es el hecho de andar a ciegas, sino que te encuentras en el mismo acto de andar.

En el camino te encuentras recuerdos de amigos que pudiste tener pero se quedaron en el camino. Me vienen a la memoria dos recuerdos: el de un peregrino japonés en el valle de Erro y las botas en bronce ya en territorio gallego del peregrino alemán Guillermo Watt. Murieron en él, ya no te cruzarás con ellos, ya no te alcanzarán o alcanzarás; aún así, al pasar junto a sus botas les dices en voz alta "buen camino".

Durante días te has sentido lejos del hogar, pero ahora te das cuenta de que tu hogar está donde tú estas, y de que lo has llevado a cuestas como el caracol lleva su casa a todos los lados; has aprendido que lo poco que tienes es mucho para quien no tiene nada.

En el camino descubres tu pequeñez y tu soledad, pero no estás solo. Estos sentimientos son compartidos por otros peregrinos que participan contigo de la misma pequeñez y fragilidad. Lo que parecía un montón de gente que camina en la misma dirección, cada uno como un ser aislado, se ha convertido en un colectivo que tiene algo en común, el deseo de compartir, de contactar.

Ya no eres tú solo quien está ahí, estás acompañado, te animan, te dan ejemplo. El camino nos revela la comunicación con el otro, el ir con otro, ser con otro.

En los albergues y refugios te encuentras con los hospitaleros, que te acogen con

inmenso cariño; un grupo de seres privilegiados, cuya misión es ayudar al peregrino. Son capaces de dar sus vacaciones, su cariño y amor por los demás, ¿qué más se puede pedir?

Al final, llegas a Santiago. Te hubieras quedado para siempre en la naturaleza, pero ésta es tu realidad, estás aquí para cumplirla. El sueño se materializa con la llegada a la plaza del Obradoiro:

J. M. Michelena



Llegada a la Plaza del Obradoiro.

abrazos, lágrimas incontenibles, emociones que salen del fondo del corazón. Solo el amor es capaz de despertar tales sentimientos.

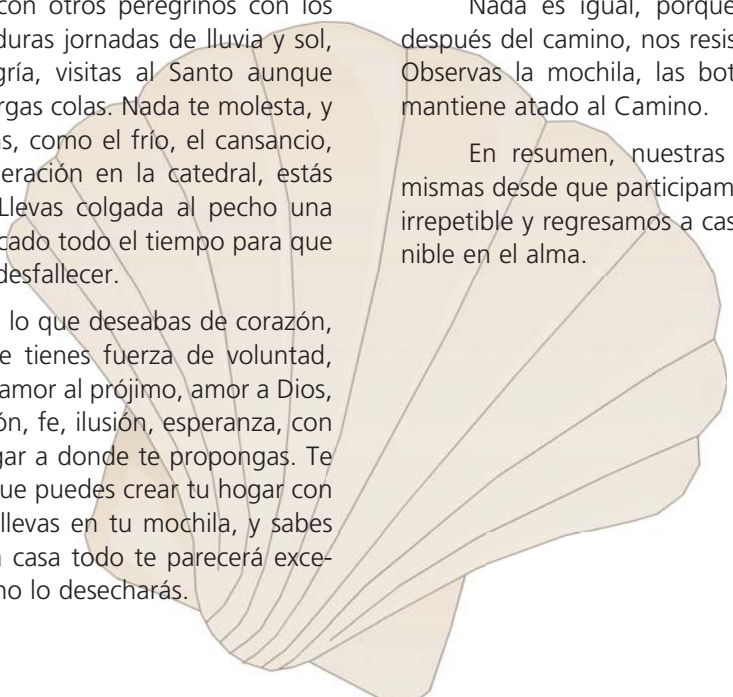
Te encuentras con otros peregrinos con los que has compartido duras jornadas de lluvia y sol, les ves llorar de alegría, visitas al Santo aunque tengas que esperar largas colas. Nada te molesta, y si te molesta aguantas, como el frío, el cansancio, los dolores, la aglomeración en la catedral, estás exhausto pero feliz. Llevas colgada al pecho una concha, la que has tocado todo el tiempo para que te diera fuerzas y no desfallecer.

Has conseguido lo que deseabas de corazón, te das cuenta de que tienes fuerza de voluntad, amor a la naturaleza, amor al prójimo, amor a Dios, amor a ti mismo. Tesón, fe, ilusión, esperanza, con ese cóctel puedes llegar a donde te propongas. Te has dado cuenta de que puedes crear tu hogar con las cuatro cosas que llevas en tu mochila, y sabes que cuando llegues a casa todo te parecerá excesivo, superfluo, pero no lo desecharás.

Te vuelves a casa, a hacer las mismas cosas de hace un mes, a ver a la misma gente. Todo es igual. ¿Todo?

Nada es igual, porque hay un antes y un después del camino, nos resistimos a abandonarlo. Observas la mochila, las botas, la vieira, todo te mantiene atado al Camino.

En resumen, nuestras vidas ya no son las mismas desde que participamos de una experiencia irrepetible y regresamos a casa con una paz indefinible en el alma.



Camino de O Cebreiro.

J. M. Michelena